

Meditaciones sobre el arte de curar - Rudolf Steiner

Cuarta Conferencia del Curso de Navidad para Médicos

Dornach, 5 de Enero de 1924

Queridos amigos:

En las tres conferencias anteriores hemos intentado esbozar una concepción que pueda servir de base al médico, un esbozo breve en razón del tiempo disponible. Para entrar en detalles haría falta mucho tiempo, tiempo evidentemente disponible para los estudios médicos.

Los verdaderos estudios médicos deberían dedicar al menos un año a la adquisición de estos conocimientos básicos. Yo no puedo ofrecerles más que aquello que debería caracterizar una enseñanza así, y deben considerar las tres conferencias anteriores sólo como un bosquejo de los conocimientos que el médico debe adquirir. Ésa sería la parte exotérica de los conocimientos médicos.

A ello le debería seguir la parte esotérica del saber médico, de la que ahora hablaremos. Sin embargo, no menosprecien a lo largo de sus estudios esa parte exotérica; esfuércense, por el contrario, en dominarla y en poner en ella toda su seriedad. Actualmente esto es difícil, pero la organización de la sección médica de nuestra universidad del Goetheanum en Dornach puede remediarlo. Lo que he esbozado brevemente puede ser ampliado con numerosos detalles que se encuentran en mis ciclos de conferencias y en mis escritos. Hasta el presente esto no se ha realizado más que en una débil medida, y no alcanzará cierta envergadura hasta que aparezca la obra que preparo actualmente en colaboración con la doctora Wegman y que será publicada próximamente". Ahí se verá el impulso que la Antroposofía puede aportar a la medicina y a los estudios médicos.

Pero los estudios médicos -ustedes deben ser conscientes de ello- tienen un carácter muy particular que conlleva exigencias muy especiales; son estudios en los cuales no puede hacerse abstracción de los resultados de la investigación espiritual. No puede haber medicina en ausencia de los fundamentos de la Ciencia Espiritual. El caos que reina en este terreno es el resultado de una orientación de los estudios y de los conocimientos absolutamente inadaptada a la medicina. Nuestros conocimientos actuales de la naturaleza convienen a las necesidades de la técnica, pero no a un conocimiento del hombre. Esto es igualmente cierto tanto para la teología como para la medicina. Una verdadera ciencia médica tiene unas particulares exigencias, que podrán comprender cuando les diga cómo se forma el hombre.

Ayer, en el plano exotérico - haremos la transición hacia lo esotérico en los próximos días-, les llamé la atención sobre el hecho de que las sustancias son en realidad procesos. La sal, por ejemplo, es el precipitado -el desenlace- de un proceso. El proceso-magnesio y el proceso-hierro se hallan en la naturaleza exterior, y el proceso-plomo y el proceso-mercurio también, pero estos últimos el hombre no debe llevarlos en sí. Pero el hecho de que el hombre no sea portador de estos procesos es sólo aparente. ¿Cómo se forma el hombre? En primer lugar, el esbozo físico es creado por la fecundación. Este esbozo debe unirse al cuerpo etéreo del hombre, pero este cuerpo etéreo no resulta de la fecundación, sino que se forma alrededor de lo que luego será la organización del Yo y la organización astral, alrededor del complejo psíquico-espiritual que existía antes de la vida terrestre y que desciende de los mundos espirituales. Así, en el núcleo central de la entidad humana tenemos su elemento espiritual-psíquico, que procede primero de las encarnaciones precedentes, y, segundo, del período entre la muerte y un nuevo nacimiento, período muy anterior a la fecundación. Antes de entrar en relación con el germen resultante de la fecundación, este núcleo espiritual-psíquico se une en primer lugar al cuerpo etéreo. Esta triple organización -Yo, cuerpo astral y cuerpo etéreo se une al resultado físico de la fecundación. Han de considerar al cuerpo etéreo como algo formado a partir del cosmos. Ahora bien, este cuerpo etéreo que proviene del cosmos trae consigo, en el momento en que se une a la organización física, esas fuerzas que no son válidas para esta organización física: las del plomo y las del estaño. El hecho de que el hombre no sea un microcosmos y que no contenga ciertas sustancias es sólo en apariencia. Las sustancias que el hombre no tiene en su cuerpo físico son las más importantes para la constitución del cuerpo etéreo, y, de hecho, los procesos-plomo, -estaño, -mercurio, se desarrollan en el cuerpo etéreo antes de su unión con el cuerpo físico.

Ahora bien, el cuerpo etéreo se une al cuerpo físico; los demás elementos constitutivos, claro está, hacen lo mismo. Esta unión se hace en cierta medida sólo durante el período embrionario y luego alcanzará su plena medida en el nacimiento, cuando comience la respiración. En ese momento, cuando se instaura una verdadera respiración, todas las fuerzas del cuerpo etéreo emanadas de las sustancias no incorporadas al cuerpo físico, todas esas fuerzas, emigran al cuerpo astral, y el cuerpo etéreo recibe a su vez las fuerzas con las cuales trabajará el cuerpo físico. De este modo, el cuerpo etéreo experimenta una metamorfosis muy importante consistente en adoptar la constitución del cuerpo físico y en ceder la suya propia -su parentesco con el entorno- al cuerpo astral. Ahora bien, el cuerpo astral está estrechamente vinculado a todo lo que el hombre es capaz de saber. Del mismo modo, queridos amigos, desde el instante en que ustedes empiezan a asimilar un verdadero saber médico interiormente transformado y no puramente teórico, dan vida a ese contenido, presente ya si bien inconscientemente - en el cuerpo astral, experimentando dicho contenido las relaciones del cuerpo astral con el entorno.

He aquí un ejemplo. Piensen en una región melancólica desde el punto de vista de su constitución geológica, debido a la presencia de gneis en el subsuelo, el cual contiene mica, un mineral que

conocen. La mica ejerce una fortísima influencia en la constitución física de un hombre que viva en esa región. Se posee un cuerpo físico diferente cuando se nace en una región donde la mica abunda. Esta mica actúa, a partir del suelo, en el cuerpo físico. Ahora bien, ustedes podrán constatar que en las regiones ricas en mica hay muchos rododendros. Esta planta se extiende por los Alpes y por Siberia. La sustancia del rododendro está estrechamente emparentada con el cuerpo etéreo antes de que éste entre en el cuerpo físico. El cuerpo etéreo cede entonces esta afinidad con el rododendro al cuerpo astral. Cuando entre los habitantes de estas regiones aparecen enfermedades debidas a esta acción preponderante de la mica a través del repliegue de las aguas subterráneas, es porque el cuerpo etéreo ha cedido al cuerpo astral lo que ha recibido de la mica. Se puede concluir que el rododendro contiene un jugo con virtudes curativas para estas enfermedades. Por esta razón es por la que a menudo, aunque no siempre, el remedio específico para una enfermedad se encuentra en el mismo lugar.

Reflexionen en el siguiente hecho: cada noche, durante su sueño, ustedes se sumergen con su cuerpo astral en el entorno que estaba emparentado con su cuerpo etéreo y que ahora lo está con el cuerpo astral. Como médicos que adquieren conocimientos, sienten continuamente las fuerzas de curación del entorno. Lo que han aprendido exteriormente mediante la dialéctica lo confirman constantemente durante el sueño. Es un hecho que hay que tener en cuenta en los estudios médicos, pues de nada valdría, y quedaría disociada, desorganizada, cualquier enseñanza exterior, dialéctica, si cada noche, durante el sueño, no tuviera lugar en el seno del cuerpo astral y del entorno, la confirmación tan necesaria. Así, si los conocimientos médicos no se adquieren de forma que el cuerpo astral pueda entrar en conversación con el entorno y dar aquiescencia a lo que el médico ha aprendido, sucedería lo mismo que si se escuchara un lenguaje incomprensible que no haría más que causar confusión. Efectivamente, el saber médico está interiormente vinculado a la vida del hombre que pasa por el sueño. De estos hechos debe nacer la convicción de que los estudios médicos deben pasar por el hombre entero, por el hombre vivo, por el hombre sintiente, pues de este intercambio nocturno con las sustancias terapéuticas resulta otra cosa aún que es realmente imposible de adquirir mediante la dialéctica: el impulso real de socorrer. Sin este impulso, sin esta compasión por para el enfermo, sin este deseo de ir en su ayuda, no existe en el fondo curación.

Es necesario que les diga algo que les podrá parecer totalmente paradójico, pero tendrán que aprender a aceptar las paradojas. Se me ha dicho muchas veces que si podría llegar a ser necesario proteger los remedios que preparamos en nuestro laboratorio farmacéutico con el fin de que no los puedan imitar. Yo he respondido que apenas temía las imitaciones si logramos introducir verdaderos impulsos esotéricos en nuestra corriente. Entonces se reconocerá que nuestros remedios están preparados con un plan de fondo esotérico, y que no es indiferente que sean preparados así con todo lo que vive en el esoterismo-, o imitados por cualquier fábrica. Esto les puede parecer paradójico, pero sin embargo es bien cierto.

La creación de un determinado ambiente, que impregne los remedios de una fuerza de curación espiritual, importa mucho más que determinados factores exteriores y habilidades profesionales. Esto no es una superstición, y, como verán, puede ser perfectamente fundamentado por la Ciencia Espiritual. La gente comprensiva se dará cuenta de que tomando los remedios que preparamos aquí se habrá dado un primer paso hacia lo que debe ser realizado.

Las objeciones que se me han hecho a este respecto provienen de personas que no saben con qué seriedad ha de tomarse la vida espiritual esotérica. Es preciso que se convenzan de la importancia, de una universidad, de un lugar aquí, donde se cultive la enseñanza médica. Esta creación deberá ser una realidad y no una simple formalidad. Comprenderán también que a un primer curso médico exotérico deberá ante todo sucederle un segundo curso eminentemente esotérico que hable al corazón del hombre, que haga penetrar el saber médico en lo que, en el hombre, se convertirá en una actitud interior propiamente médica.

Algunas personalidades han buscado siempre instintivamente esta actitud interior. Durante el último tercio del siglo XIX, donde nada predisponía a dicha actitud, ésta se ha manifestado, no obstante, de forma esporádica entre ciertas personalidades aisladas, consideradas como originales. Así, la renombrada escuela vienesa, contemporánea de mi juventud, reposa en este componente de la curación en el que la terapéutica apenas cuenta, como en la neumonía, donde el tratamiento prácticamente no tiene influencia sobre el elemento central de la afección. Esto es lo que ha dado origen al nihilismo, del que ya han oído hablar. Son precisamente los médicos más notables de esa escuela vienesa quienes se han erigido a sabiendas en adalides del nihilismo; tenían la opinión de que ningún remedio era capaz de curar. Estas ideas han sido compartidas, hasta cierto punto, por Virchow, para quien el cincuenta por ciento de las enfermedades podrían haberse curado igualmente sin medicamentos.

En el treinta por ciento de los casos se puede afirmar que el medicamento efectivamente ha perjudicado, y en resto el azar puede haber conducido a la elección de un remedio útil. No soy yo, sino Virchow, una celebridad médica del último siglo, quien lo ha dicho. Conozco a ilustres personalidades que, en el momento actual, todavía defienden este punto de vista, siendo posiblemente partidarios de la terapéutica. Ésta no es una actitud médica interior, pero no podría existir allí donde no reinara más que la mera formalidad. Es preciso que dicha actitud se suscite realmente, lo implica ese lado humano del segundo curso, basado que en el primero exotérico. Ese lado humano tan indispensable lo encontramos, si bien en forma degenerada, y, sin embargo, a veces grandiosa, en una personalidad como Paracelso; ciertamente se le pueden objetar muchas cosas sobre determinados temas, pero manifestaba esa actitud médica interior de manera grandiosa. Al llegar a una región donde aflora el pérmico, él sabía que algunas enfermedades son atribuibles a esta roca, especialmente algunas enfermedades que provienen de cierta alteración sanguínea. El desarrollo del proceso mórbido es absolutamente característico. En esas regiones donde abunda el

pérmico, los habitantes, que están habituados a él, presentan determinadas características según su temperamento. Se constata entre ellos una viva actividad esplénica, Y cuando se llega como extranjero a una región de éstas, uno encuentra poca simpatía; los habitantes son terriblemente testarudos, discutidores, ingenuos, y te toman por idiota si juzgas extravagante su forma de obrar. En efecto, las personas se habitúan al pérmico. Pero un extranjero que se instale allí no soporta el pérmico, y mucho menos su agua. Presenta algunos síntomas mórbidos. Paracelso dice que las enfermedades que aparecen en estas regiones son hereditarias, y añade: "Debe suceder algo en el terreno del etéreo", o del "*archaiüs*", como él lo denominaba. El *archaiüs* ha debido experimentar una influencia antes de entrar en el embrión. Ahora bien, se constata que el citiso crece maravillosamente bien en estas regiones. Se hallará fácilmente en el citiso -en las flores, en las hojas o eventualmente en las raíces, según la constitución de los individuos- un jugo que será un buen remedio para estas afecciones.

Se trata, en virtud de esta actitud médica interior, de adquirir una manera completamente diferente de ver la naturaleza. Cuando era chiquillo conocí a un médico al que era frecuente encontrar en las praderas y en los campos, donde se relacionaba con las plantas, las flores, los insectos, etc... En la región donde ejercía sin pretensión la medicina había otros tres o cuatro médicos más que actuaban como corifeos, pero se puede afirmar que la actividad de este hombre modesto, que amaba de tal forma las flores de los campos, era infinitamente más fecunda que la del médico oficial y la de los otros, pues éstos habían adquirido su saber en las escuelas y en lo que con ellas se relaciona. Él, por el contrario, había adquirido sus conocimientos sobre los remedios frecuentando la naturaleza, que no puede conducir a la ciencia médica más que cuando se la ama en detalle. Cuando se la observa bajo el microscopio no se la ama. Hay que amarla, hay que ser capaz de estudiarla macroscópicamente. Comprenderán lo necesaria que es esta vida inconsciente del cuerpo astral de cara a extraer los conocimientos médicos. Ciertamente, no querría resucitar antiguas recetas de viejas, sino decirles simplemente lo que se extrae de la observación directa. Sin embargo, el lenguaje actual y la terminología médica no disponen de expresiones adecuadas, y es necesario recurrir a la terminología tradicional, o incluso a crear una nueva terminología. Posiblemente esta creación sería más favorable para la propagación de nuestras ideas, pero dicha terminología nos impondría sin duda años de estudio. Y como Uds. desean estar informados desde ahora, utilizaré la antigua con algunas variantes.

Es bueno que consideremos lo primero de todo el mundo vegetal, no porque yo desee recomendar las plantas como remedio universal, sino porque ellas pueden enseñarnos cantidad de cosas, y muy particularmente sobre lo que tiene que ver con la profundización esotérica. Ahora bien, en lo que concierne a tradición médica es extraordinariamente importante considerar tres cosas, pero considerarlas de manera diferente a como lo hace la ciencia corriente.

Cuando hoy un estudiante aprende algo, piensa que es bueno el que pueda aplicar lo que sabe. Pero un hombre religioso, un hombre piadoso, aprende el Padrenuestro; él también lo sabe, pero no piensa que es suficiente con saberlo y repite su oración cada día. Lo que sabe lo dice diariamente en su oración. Cada día hace rememora en su alma lo que sabe. Es una manera completamente diferente de adquirir las cosas, verdaderamente diferente. Piensen también en un iniciado; se supone que conoce los elementos de la ciencia oculta, pero él mismo no da ninguna importancia al hecho de conocerlos, de haberlos adquirido. Para él es mucho más importante hacerlos pasar de vez en cuando con convicción ante su alma, los primeros elementos y los siguientes, a fin de hacer brotar en ella nuevos impulsos. Quien está impregnado de un sentimiento religioso lleva a cabo experiencias completamente distintas de las de aquél que no ve en la naturaleza más que lo que contiene el mundo físico. Es necesario que nos reencontremos perpetuamente en el ritmo de la naturaleza si queremos adquirir conocimientos vivos y no un saber muerto. El conocimiento, la actividad de conocer, debe renovarse en el ritmo. De esto es de lo que se trata cuando yo hablo de la actitud interior como fundamento de los conocimientos médicos. Tan importante es, incluso para la terapéutica, adquirir esos conocimientos médicos de la naturaleza del hombre y de su entorno. Hacer renacer a la planta constantemente en su alma; tiene una significación muy especial.

Tres cosas, en la planta, tienen un significado particular. La primera es su perfume, en relación con la presencia de aceites etéreos. Este aroma puede tener en algunas plantas un carácter especial. El perfume de una planta ejerce una atracción para determinados seres elementales que buscan penetrar en ella. Lo que hay en el origen de esta actividad aromática -no de la sustancia-, se encuentra en su forma mineral más concentrada en el azufre. También podemos, a semejanza de los antiguos médicos, dar el nombre de *Sulfur* o de sulfúrico a lo que está activo en el aroma de la planta, a ese extracto espiritual que suscita la nostalgia de los elementales. Percibir el sulfúrico de la planta es adquirir una real comprensión de su perfume, si se reconoce lo espiritual que tiene lugar entre arriba y abajo cuando este perfume se expande.

Una segunda facultad a desarrollar es un sentimiento interior hacia lo que crece en la hoja; siempre hay oportunidad de asociar los perfumes a las flores y las formas a las hojas. Las hojas tienen formas tan variadas: dentadas, puntiagudas, redondas, partidas, etc... Hay que adquirir una sensibilidad delicada para este elemento foliar de la planta, que vivifica a los seres espirituales a quienes los perfumes atraen. En este elemento foliar irradia, desde la periferia del cosmos, una tendencia a formar estructuras en gotas.

Es posible desarrollar un maravilloso sentimiento hacia esta actividad modeladora que, procedente del cosmos, se encuentra en las hojas, contemplando simplemente con amor todo lo que la hoja es, durante la mañana, cuando el rocío la cubre. Pues, en su esencia, estas gotas de rocío reflejan aquello que, partiendo de la periferia cósmica, se esfuerza en hacerlas nacer. La gota está, sin ninguna duda, en el origen de todo lo que la hoja es en la planta. Si las fuerzas periféricas cósmicas

fueran sólo espiritualmente activas las plantas tomarían siempre esta forma esférica. La forma esférica aparece sobre todo en la planta cuando domina lo cósmico, como sucede en tantas bayas y también en tantas hojas. Sin embargo, esta forma de gota es inmediatamente cogida, en parte, por las fuerzas terrestres, estirándola por todos lados y dando origen a las más variadas formas. Esta tendencia a formar la gota existe, mineralmente concentrada, en el mercurio. Por eso, la medicina de los tiempos pasados la denominaba tendencia mercurial. *Mercur* no era el metal de este nombre en la antigua medicina, sino esta tendencia a formar la gota, esta tendencia dinámica hacia la gota. Por todas partes donde se encuentre esta tendencia existe lo mercurial. El mercurio es el metal que toma en la tierra la forma de gota para que existan en ella condiciones favorables. El mercurio toma la forma que la plata tiene en la Luna, que debería encontrarse allí en forma de gota. La medicina de antaño llamaba mercurio a todo lo que tiene forma de gota, y, para los antiguos médicos, todos los metales eran *Mercur*.

Esta medicina vivía en todo lo que es móvil, animado, y es preciso que nosotros volvamos a esta movilidad, a esa vida. Hay que desarrollar un sentido para esta movilidad, para esta vida. Cuando, por la mañana, tienden su mirada hacia los campos y ven las perlas *argéneas* (plateadas) rocío sobre las hojas, deben decirse: estas perlas de rocío me revelan lo que vive espiritualmente en las propias hojas: la tendencia a la forma esférica cósmica. Pero es necesario sentirlo si uno quiere comprender la planta; hay que aprender a comprenderla en su forma esférica. Cuando aprendan a comprender a la planta de manera que establezcan una relación con su tendencia hacia la forma de gota, y a continuación se eleven mediante el perfume, desarrollarán progresivamente una sensibilidad delicada y sutil hacia todo lo que actúa en el hombre en dirección centrífuga. El crecimiento de las uñas es una actividad centrífuga que atraviesa al hombre. Durante los siete primeros años, acabando en la segunda dentición, atraviesan constantemente al hombre fuerzas centrífugas. Éstas se manifiestan al máximo a través de la transpiración. Lo que en las plantas se eleva en forma de perfume y atrae a los elementales, vive en el olor de la transpiración de dirección centrífuga. Así, si desean encontrar al vegetal en el hombre, orienten sus investigaciones hacia esta profunda tendencia a la exteriorización, y tendrán un conocimiento íntimo de la relación entre lo que se encuentra en el exterior y lo que se encuentra en el hombre. Pues, por la transmisión de las propiedades del cuerpo etéreo al astral, se produce una inversión completa. El cuerpo etéreo busca dirigir hacia arriba lo que toma del entorno. Y al transmitirlo al cuerpo astral se desarrolla en dirección centrífuga, hacia el exterior, y es efectivamente en esta dirección en la que el hombre lleva en sí al vegetal.

Observen cómo la planta hunde sus raíces en el suelo, cómo entra en relación íntima, en el más amplio sentido de la palabra, con todo lo que hay en el suelo. Ahí se efectúa un proceso de dirección opuesta a los fenómenos de acompañamiento de los procesos sensoriales, que son *procesos-sal*. Recuerden la sal de cocina, su gusto salado cuando está en solución, e imaginen el proceso inverso, imaginen que el proceso de disolución se anule, que se dé una especie de aglutinación y que el

olfato y el gusto se vuelvan latentes. Estarán entonces en presencia del proceso que se desarrolla entre la planta y el suelo. Esto es lo que los antiguos llamaban el *proceso-sal*. La medicina de antaño llamaba sal no a lo que en nuestros días se designa con este nombre, por ejemplo, los carbonatos, etc... Llamaba sal a lo que en la planta, a través de la extremidad de las raíces, entraba en relación con las sustancias de la tierra. Ése es el *proceso-sal*.

Dirigiendo de forma constante y rítmica su atención hacia esos maravillosos secretos de la naturaleza, sus conocimientos médicos se vuelven vivos. Dicho de otra manera, cuando animan así su saber médico comienzan a considerar a la naturaleza y al hombre de una forma que les lleva a la curación, partiendo de ese fuerte impulso a socorrer del que les he hablado. Dicho con toda objetividad, la curación no puede verdaderamente resultar más que desde ese fundamento. Estas facultades deben ser estimuladas de manera absolutamente concreta mediante un asiduo y celoso estudio exotérico, para no actuar confusamente. Sin embargo, hay que saber que no son los estudios teóricos los que constituyen la base del saber médico, sino el hecho de absorber se rítmicamente en la contemplación de la naturaleza que nos rodea.

Las palabras que ahora escribo en la pizarra, aunque sean conocidas, deben dar vida, cada vez que las digan, a la vocación médica dentro de ustedes.

Esto es de alguna manera lo que recibe el alma que, contemplando la periferia, despierta en sí un sentido hacia todo lo que la rodea. Y el hombre puede responder:

Espíritus sanadores,
Vosotros os unís
Al bienhechor sulfúrico
Del aromático éter;

Lo que sabe mi alma
yo quiero unirlo al fuego
del aroma de las flores;

Vosotros os vivificáis
En aspiración Mercurial,
En la gota de rocío
De todo lo que deviene
De todo lo que crece,

Lo que vive mi alma,
yo quiero estimularlo
con la centelleante gota
del rocío de las hojas;

Vosotros os detenéis
En las sales de la tierra
Con las que el suelo
Alimenta las raíces.

Lo que vive mi alma,
yo quiero fortalecerlo
con las endurecedoras sales
con que la tierra
prodiga sus cuidados a las raíces.

He aquí, queridos amigos, lo que pueden recibir vivificando sin tregua las fuerzas de su alma, como lo hacen los que rezan con devoción, esas fuerzas que tienen una virtud médica. Pues las fuerzas ordinarias a las que se apela en nuestros días en las escuelas no son aptas para despertar los conocimientos médicos; es preciso hacer surgir las del alma. Por eso he situado al comienzo de nuestras consideraciones esotéricas la manera de despertar al alma que nos permita alcanzar los conocimientos médicos.